

LA CIUDAD PROHIBIDA EN LA CAPITAL DE LA CHINA

Vamos a visitar la Ciudad Prohibida, la imperial ciudad de púrpura donde hasta el año 1911 vivía el Hijo del Cielo, emperador de la China.

Una cuádruple fila de riskas nos espera a la salida del hotel. Los coolies reconocen a sus pasajeros del día anterior y alzan las varas de sus cochecitos llamándonos a gritos.

Mi amigo Pei-fu corre a la cabeza de la caverna.

La Ciudad Prohibida se encuentra en el corazón de Pei-ping. La protegen los altos muros de la ciudad china que ya visitamos, el canal que rodea la ciudad tártara, las murallas y fortalezas cuadriláteras de ésta y por fin los muros atrischerados que separan a la ciudad tártara de la fortaleza imperial.

Dícese que Kublai-Khan, nieto del Gran Mongol Jenkiz-Khan, temiendo una sublevación de los manchures y chinos a quienes había desplazado, dió a sus capitanes mongoles y tártaros las tierras anexas al palacio imperial. Así la ciudad-intermedia entre la del emperador y la del pueblo chino, debía servir de baluarte inexpugnable en caso de sedición.

No obstante y apesar de murallas y fortificaciones, a través de los siglos fueron cambiándose las dinastías y la que entregó el poder a la república en 1911, pertenecía a la raza manchur. Este continuo cambio de dinastías lejos de empobrecer el imperio fué anexando provincias siendo las principales Mongolia, Manchuria, Tibet, Sinkiang y la China propiamente dicha.

Para visitar los barrios populares y el comercio, situados en la China, habíamos visitado ya anteriormente el cuadrilátero fortificado que va de Norte a Sur.

Ahora vamos de Este a Oeste, en línea recta.

Macizas, enormes, son las puertas de la ciudad tártara. Bajo estas trafican por el medio tranvías, automóviles y riskas y por los costados los peatones. Dichas puertas son inmensos monumentos coronados por troneras y decorados con el dragón heráldico, imagen primordial de la creación incipiente, figura simbólica de YING y YANG que veremos en todo tallado y edificio chino.

La ciudad tártara o sea el barrio de los mandarines constituye una sucesión de muros cortados por puertas rojas con los escudos de sus moradores.

Divisamos en el interior de esas mansiones las pagodas supersueltas y las cornudas techumbres azules, doradas y rojas en medio de frondosas arboledas. Para los extranjeros son como el huerto cerrado de que habla la Biblia.

Al pasar vemos salir de esas mansiones berlinas de laca negra y riskas con incrustaciones de madre perla y oro y faroles de bronce. El chino de alto linaje impone por la majestad de su porte. Con su túnica gris o negra, las manos ocultas y cruzadas dentro de sus enormes mangas parece siempre abstraído en honda meditación.

Las damas nobles pasan en berlinas suntuosas y vestidas a la europea generalmente. Llevan preciosos abrigos de pieles y hay viveza en la mirada de sus ojos oblicuos. El feminismo chino ha dado un avance sorprendente.

Sabemos que la esposa de Sun Yat-Sen es una figura descolante en Cantón. También es graduada en la Universidad de Georgia la esposa del actual presidente Yan-Kay-Chak.

Conversando con una distinguida mandarina sobre las costumbres chinas nos declaró que aun subsistía, más bien por tradición, el matrimonio concertado entre los padres sin que los contrayentes se conocieran.

—Pero—agregó la dama—en China hay menos divorcios que en América.

La Asociación patriótica femenina de Tiensin que representa a miles de mujeres de la alta clase, trabaja por abolir la poligamia y la trata de blancas. Existen ya en China dos grandes diarios editados por mujeres un Banco con un capital de más de dos millones de dólares y becas para doscientas estudiantes que pueden optar entre las Universidades de Europa o de América. Además de estas actividades educacionales políticas y económicas la mujer china se preocupa de la Cruz Roja, de la protección a la mujer y al niño, de la supresión absoluta de las deformaciones de los pies de evitar el nacimiento de las mucheritas, de las niñas vendidas y la esclavitud doméstica.

La dama que me proporcionó estas informaciones venía cada noche a nuestro hotel, vestida como una parisienne y bailaba schimm como una americana.

Continuamos avanzando por las fortificaciones en dirección a la Ciudad Prohibida. El canal que separa la ciudad tártara de la im-

perial está helado. Nos hallamos frente a los edificios ministeriales que años atrás sólo podían ser visitados por extranjeros con cargos diplomáticos. Tras éstos se encuentra la Ciudad Roja llamada así por el color de sus muros, recinto de la corte imperial e inaccesible al europeo.

Una fila de soldados con gorros de piel nos detienen en el umbral de la ciudad Púrpura y sólo permiten la entrada por grupos pequeños.

Detenidos en el umbral de la puerta prohibida admiramos desde lejos los jarlines, lagos, montañas, palacios y pagodas que se extienden hasta perderse de vista. Es una verdadera ciudad de esos emperadores que por muchos siglos vivieron aislados del resto del mundo asiático al cual sin embargo dominaban absolutamente.

El rikisha avanza por las avenidas, cruza por los grandes patios de mármol y deja caer las varas del cochecito frente a un pabellón que tiene por centinellas dos grandes leones de mármol con dientes de cocodrilo y abultada melena.

El palacio imperial es de madera con techumbre de laca, y púrpura y oro y tallados maravillosos en sus puertas y barandas.

Se asienta sobre cimientos de mármol que tienen por sus cuatro costados gradierías extensivas.

Estas escalinatas se dividen en medio por un bloque de mármol cincelado que ostenta el emblema del Imperio: dos dragones en posición invertida teniendo cada uno de ellos la cabeza junto, a a la cola del otro.

Sólo el Hijo del Cielo, ascendía por ese sendero imperial y sólo sus sandalias de pergamino se posaron en él a través de los siglos.

No es posible describir las maravillas de sus balaustradas de mármol cinceladas como encajes y filigranas. Por todas partes abunda el oro y el rojo como ornamento de muros y artefactos.

Falta en la sala imperial el trono de esos Césares asiáticos, pero puede uno mirar el pedestal sobre el cual se colocaba el Hijo del Cielo en la Sala de la Gran Reunión. Una leyenda dice que cuando el trono del dragón volvía a su sitio un nuevo emperador ocupará el poder.

La república china ha establecido allí un museo con todas las riquezas artísticas acumuladas durante miles de años por las veintidós dinastías que imperaron en la China. Su magnificencia deslumbró a cualquier monarca en todo el universo que puede poseer ni la centésima parte de esas estupendas colecciones de porcelanas, pedrerías, tallados, acas, tronos y cetros de oro, armas cinceladas, etc., reunidos allí. La colección de cakemonos, obra de pintores maravillosos, es inapreciable.

La vista se fatiga...

Hemos recorrido los nueve patios de mármol, las aposentaderías imperiales, largos y puentes de granito, montañas artificiales, teatros y pagodas y nos asombra ver como puede destruirse de la mañana a la noche el poder que parecía realmente venido del cielo y de origen divino.

Los guías robaban sin respeto a sus emperadores y de sus esposas. Se ha visto exépticos y cuando mueven a protesta sus irreverentes observaciones.

— Toda esa inmensa riqueza para los emperadores— dice el guía universitario.— Para sus lagos artificiales trajeron el agua en canales desde el río Huang; mientras tanto los simples mortales debíamos comprar ese líquido caro por gotas. Uds. saben que un emperador fundó en Pekin la ciudad imperial porque un adivino le había pronosticado que moriría ahogado. Y se buscó para su residencia un lugar donde no tocarían ni ríos, ni mares.

Antes de la república eramos esclavos...

— Su deber es guiarnos y no hacer política— protesta un americano.

A la ciudad nos sentimos atraídos en nuestra emoción. La Ciudad Prohibida nos parecía algo tan sagrado tan evocador, que no podemos admitir ideas levantasas, a menos que sean el sepulcro del Hijo del Cielo, de aquel que mantenía la armonía entre las potencias celestiales y el universo.

El guía continúa sonriendo. Quiere con toda costa afirmar su incredulidad y sus acerbas críticas se alternan con anécdotas horripilantes. No digo que nos horripilen esas anécdotas sino que nos ha dado esa atroz sensación.

— Y qué suerte corrió el último

emperador de la China,—preguntamos al guía.

—Hsuan-Tung era un niño de seis años cuando se declaró la república.—dice el guía.— Como no se podía atentar contra un Hijo del Cielo, le trasladaron a Peking y tuvo buenos profesores. Se casó con toda la pompa y ceremonias rituales en 1922 y vive con su corte de mujeres. Para él la suerte no ha cambiado mucho. Los Emperadores eran siempre unos mitos encerrados en sus palacios.

Minimamos la fatigante visita a la Ciudad prohibida con la excepción al templo de los Diez mil Budas incrustadas en los muros. Son maravillosas porcelanas

de idéntico tamaño y colorido. La nueva república ha transformado este templo en biblioteca popular. Otra curiosidad de esta ciudad sagrada es la Montaña del Carbón llamada así porque un emperador queriendo aprovisionarse de carbón, lo amontonó allí siglos atrás y con el tiempo fue endureciéndose hasta formar una masa compacta sobre la cual creció el musgo y la maleza.

A los vendedores crecerá también el musgo sobre la Ciudad Prohibida y el chino republicano o socialista lo mostrará a turistas con requiera.

ROXANE